evitarse los unos á los otros, buscando un abrigo en la soledad. En el campo, nuestros heridos, tendidos junto á los cadáveres de sus compañeros, sufriendo el frio mas horroroso, gemian abandonados y llenos de desesperacion. Allí mismo los desgraciados prisioneros del Paso, que durante la accion habian estado bajo los fuegos de sus propios hermanos, con una guardia que les tenia la bayoneta al pecho para evitarles cualquier movimiento, sufrian tambien la hambre mas horrible, y condolidos con el espectáculo de sus compatriotas heridos y moribundos, se ocupaban en solicitar de los gefes enemigos algunos bendages y otros auxilios para que nuestro cirujano de ejército D. Joaquin Arellano, que bajo la garantía de su carácter habia quedado en el campo, proporcionase algun alivio á los dolores de aquellos infelices.

Tal era el triste cuadro que presentaban los infortunados chihuahuenses la noche del 28 de Febrero de 1847, sobre los mismos lugares donde la de la víspera habian brindado alegremente por la independencia y la libertad.

Al dia siguiente ocuparon la capital las fuerzas invasoras, y el gobierno del Estado fué á establecerse en el Parral, ciudad la mas próxima á la frontera de Durango.

¡Cómo al ver perderse en un instante malhadado el fruto de los mas grandes esfuerzos del patriotismo de un pueblo generoso; cómo al describir tan dolorosos sucesos, no lanzar un anatema de abominacion sobre los responsables de tanto infortunio!

CAPITULO X.

VERACRUZ.

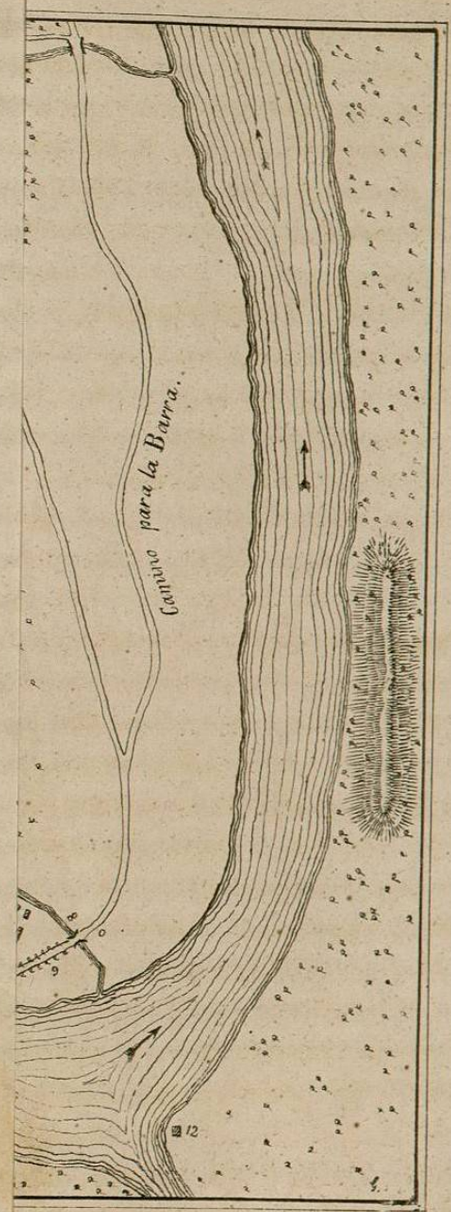
Ricos y abundantes los Estados-Unidos en medios de trasporte, y no teniendo que luchar, como la República mexicana, con obstáculos casi insuperables para mover sus ejércitos del uno al otro estremo del territorio, era natural que aprovechasen esta circunstancia. El general Taylor habia avanzado con un buen éxito increible hasta muy al interior de la República; pero dejaba á su espalda un terreno inmenso que nó estaba suficientemente seguro, y tenia aun que vencer varias ciudades populosas para llegar á la capital. El ejército mexicano marchaba, sediento de venganza, en su contra, y todas las fuerzas de la República parecian aglomerarse sobre él. En estas circunstancias una espedicion por el rumbo opuesto al que ocupaba el general Taylor, debia dividir la atencion de nuestros gobernantes y de nuestros guerreros, y daba al mismo tiempo á los Estados-Unidos la posibilidad de apoderarse tal vez de varias de nuestras provincias, ó de debilitar cuando ménos nuestros medios de accion y de defensa, con lo cual se inclinaria mas y mas la balanza á su favor.—Así, la toma de Veracruz era el importante objeto que se debia proponer el gobierno de los Estados-Unidos, para alcanzar el fin de la guerra. Por otra parte, la ocupacion de esta plaza acercaba de un solo golpe al

ejército americano á la capital, y le proporcionaba un camino mas llano y fácil para llegar á ella.

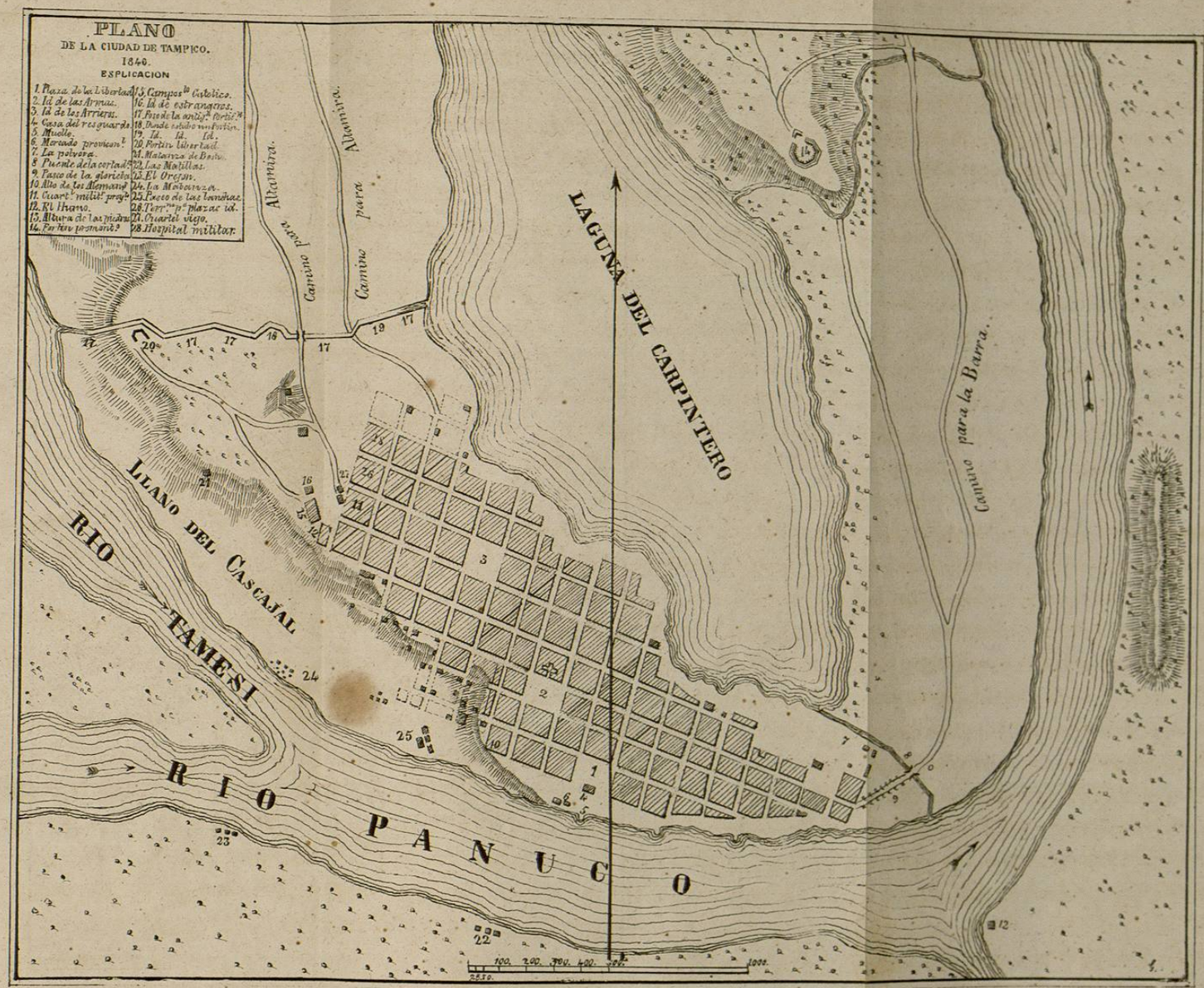
Pero este cálculo tan sencillo como claro, y que indicaron con anterioridad á los sucesos la prensa de los Estados-Unidos y el cambio de su base de operaciones, no mereció la atencion de los hombres que se habian encargado de salvar al pais. Y léjos de robustecer nuestra defensa por ese lado, algunas tropas aclimatadas á costa de inmensos sufrimientos y pérdidas, recibieron del general Santa-Anna cuando volvió de su destierro, la órden de marcha para México. Esto mismo sucedió con oficiales cuya pericia era importantísima para fortificar y defender la plaza en el caso de un ataque. El abandono mas completo coronaba esta obra de imprevision ó de un descuido, que hacian mas imperdonables los dolorosos recuerdos de los sucesos de 1838.

Entre tanto, la hora de los acontecimientos habia llegado.—El 8 de Febrero de 1847 se avistaron algunos buques de guerra, y algunos dias despues se supo que á bordo de ellos habia escalas de asalto y otros útiles de este género. El peligro era inminente: la ciudad iba sin duda á ser atacada, y no habia ni las municiones de guerra suficientes para la defensa, ni unas hilas, ni una benda para restañar la sangre de los valientes que cayesen heridos defendiendo el honor de la desgraciada República mexicana. En estos momentos de desamparo, el ayuntamieuto ofreció todos sus recursos para la defensa de la plaza, y los habitantes de ella contribuyeron por medio de una funcion de teatro, representada por particulares, para formar un hospital de sangre.—El instruido comandante de ingenieros D. Manuel Robles desplegó una actividad sin límites para fortificar la plaza, y la guarnicion y el pueblo todo se empleaban con entusiasmo en ella, preparando una resistencia digna de los defensores y de la fortuna con que caminaba el enemigo.

Y en esos dias de amargura recibia Veracruz la sensible noticia de que en la capital de la República habia estallado la guerra civil, y de que el gobierno no podia auxiliarla ni con un hombre ni con un peso. ¿Qué delirio se habria apoderado de los mexicanos, para provocar una guerra fratricida, cuando un enemigo estrangero se enseñoreaba de nuestras ciudades y pisaba orgulloso el territorio nacional?—Pero



1º de Plateros Nº 15.



Lit. de P. Blanco.

1.a de Plateros N.o 15.

Veracruz, sin tropas, sin municiones, sin recursos pecuniarios, abandonada de la República toda, se decidia á sucumbir luchando, ántes que dar un triste ejemplo de cobardía, y manchar con un baldon eterno su título de heróica.

Esta terrible y desconsoladora noticia se recibió en la ciudad el dia 4 de Marzo, y como para lavar la ignominia en que se enfangaban en la capital de la República los ciudadanos y los gobernantes, se paseó en la misma noche una bandera blanca, como símbolo de la union, en medio de músicas y del mas puro entusiasmo.—Veracruz se resignaba con su suerte. Las puertas de la ciudad se cerraron, esceptuando la de la Merced, por donde emigraban las familias. El dia 6 un vapor de guerra lleno de oficiales, practicó un reconocimiento. Las familias salian aun pié á tierra, por falta de bagajes. La ciudad tomaba por momentos ese aspecto solemne y severo de una plaza de armas, y comenzaba á sentirse esa agitacion sorda é indescriptible que precede á los combates.—La fortificacion de la plaza continuaba con actividad.

Llegó por fin el dia 9 de Marzo. El enemigo comenzó su desembarco por la playa de Collado, sin que se pudiese impedir por falta de un cuerpo de ejército que maniobrase fuera de la plaza. El ayuntamiento se declaró en sesion permanente. Una guerrilla de Guardia Nacional, al mando del coronel Cenovio, quemó el primer cartucho en contra del enemigo, provocando de esta manera un combate en que luchaban por una parte el número, los recursos de todos géneros y la fortuna, y por la otra un puñado de valientes sin mas amparo que la justicia de la causa que defendian. El enemigo comenzó á circunvalar la ciudad y á colocar sus baterías; y fué preciso dejarlo aprovechar algunas posiciones para ellas, por la falta de tropas con que sostener las fortificaciones que se habian ideado para impedirlo. Las guerrillas hacian fuego en esos momentos, y algunos de los enemigos mordieron el polvo de la tierra que pretendian hollar con un pié orgulloso. El teniente de Guardia Nacional, Plata, pereció en una de esas escaramuzas, víctima de su arrojo. Entre tanto, los recursos escaseaban en la plaza; y el ayuntamiento dispuso que se guisase rancho para la Guardia Nacional. Era un espectáculo hermoso el que ofrecian los ejemplos de fraternidad que se daban en

estos dias ontre el soldado veterano y el guardia nacional, porque no habia mas que un solo pensamiento: pelear como hermanos defendiendo la libertad de la patria.

El entusiasmo crecia á la vista del peligro; y cuando el general Morales, que mandaba en gefe, formó una columna de observacion, los soldados se disputaban un lugar entre las filas, como un laurel de victoria. Las faginas y los trabajos de toda especie eran aceptados con gusto y desempeñados con esactitud, y en todo se notaba una emulacion digna del éxito que una fortuna cruel arrebató al fin á la desgraciada Veracruz. El dia 13 fué ocupado Vergara por los americanos, y quedó completado el asedio de la ciudad por mar y tierra. Algunas tropas de los alrededores habian entrado ántes en la plaza, y sus defensores debian creer desde aquel momento que estaban entregados á sus propias fuerzas. El enemigo disponia sus baterías: la plaza y Ulúa dirigian sus fuegos sobre todos los puntos donde se notaban trabajos del enemigo, y los oficiales Chavero y Espejo dirigian con acierto estos fuegos.

En la plaza comenzaba á sentirse gravemente la escasez de víveres: las guerrillas tiroteaban al enemigo, y la artillería mantenia sus fuegos sobre él. El enemigo, sin embargo, callaba, adelantando sus trabajos, para disponerse con seguridad á herir á mansalva. La situacion empezaba á ser penosa. Sin tropas suficientes, la plaza no podia atender debidamente á su defensa; pero al fin el ejército americano dispuso sus baterías compuestas de cañones de á 32 y de bomberos de 68, en las posiciones que se notan en el plano. La guarnicion de Veracruz era en esos momentos la que se espresa á continuacion:

Regimiento número 2, coronel Bartolo Arzamendi,	400 hombres.
Artillería, coronel Antonio Ortiz Izquierdo . . .	150
Matriculados de marina.	80
Artillería de Guardia Nacional, teniente, Antonio Sosa	80
Zapadores, comandante, José María Parra . . .	100
Regimiento número 8, coronel, José Félix Lopez.	140
Un piquete del número 11, capitan, Miguel Camargo.	41

3.º Ligero, capitan, Juan J. Sanchez	150
Libres de Puebla, de Guardia Nacional, coronel, D. Pedro M. Herrera	350
Guardia Nacional de Orizava, coronel, José Gutierrez Villanueva.	500
Id. de Veracruz, coronel, José Luelmo.	800
Id. de Coatepec, Veracruz, &c., ...	109
Batallon activo de Oajaca, coronel Juan Aguayo .	400
Idem id. de Tehuantepec, comandante, Manuel Prieto.	60
Total.	3,360 hombres.

La de Ulúa era la siguiente:

Artilleros, coronel Mariano Aguado	450 hombres.
Batallon activo de Puebla, comandante, Fernando Urriza	180
Id. id. de Jamiltepec, coronel, N. García. . . .	150
Compañías de los batallones activos de Tuxpan, Tampico y Alvarado, capitanes, Miguel Argumedo y Eligio Perez.	250
Total.	1,030 hombres.

Mucho tiempo ántes se habia manifestado por el cuerpo nacional de ingenieros, que Veracruz no podia salvarse en el caso de un ataque, si no se contaba con un cuerpo de ejército de 5,000 hombres que maniobrase fuera de la plaza, protejido por los fuegos de ella. Este conocimiento hace aparecer mas bella y mas noble la resolucion de los defensores de Veracruz, para sacrificarse en sus murallas.

El dia 22 de Marzo, á las dos de la tarde, el general enemigo intima rendicion dentro de dos horas á la plaza. La contestacion es negativa, y tan enérgica, y tan digna como corresponde á Veracruz. A la cuatro de la tarde una bomba revienta en la plaza de armas, otra en el Correo. La lucha está empeñada. ¡Dios salve á la República!. . . . . .

El fuego continúa desde ese momento sin descanso: morteros, obu-

ses, cañones, baterías de buques menores que se han acercado á Collado, todo juega sobre la plaza. Las punterías se dirigen á San Agustin, depósito de la pólvora, con especialidad, y á toda la ciudad y sus cuarteles. Este fuego horrible se suspendió al amanecer del 23; pero al ser de dia, continúa con mas vigor. Los baluartes Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, contestan los fuegos. Ulúa bate tambien al enemigo, que mantiene constantemente de cuatro á seis bombas en el aire. Sus buques, que se han acercado á Collado remolcados por el vapor Missisipí, rompen sus fuegos sobre la plaza; pero son desalojados por D. Blas Godinez, desde Santiago.

Desde este instante comienzan los horrores de una plaza bombardeada. El hospital de sangre, que está situado en el convento de Santo Domingo, sufre con los fuegos, y á algunos enfermos matan los cascos de las bombas que revientan en ese lugar. En el momento en que se operaba á un herido, la esplosion de una bomba apaga las luces; cuando se encienden de nuevo, se halla al paciente despedazado, y otros muchos heridos ó muertos. Se suceden unas á otras las escenas de horror y de sangre, que es fuerza renunciar á describir, para no incurrir en una monotonía de horrores, presentándolas sin colorido y sin interes. El hospital es trasladado á San Francisco, que hasta entónces habian respetado algo los proyectiles enemigos; pero apenas queda establecido el hospital, cuando se dirigen allí las bombas.

En el mismo convento de Santo Domingo las bombas ocasionan un incendio, que se logra sofocar por los esfuerzos de los ingenieros, del ayuntamiento, presidio y alguna tropa; pero el fuego aparece en otro lugar, y luego en otro y en otros mas, y las bombas se multiplican sobre los lugares del incendio para impedir que se sofoque, porque es un enemigo bárbaro el que ataca á Veracruz. Por esa causa las panaderías sufren mucho con los fuegos, porque el humo de sus chimeneas sirve de blanco á los proyectiles del enemigo, que quiere aniquilar para vencer sin peligro.

El dia 24 rompe el fuego la batería establecida en una altura distante de 600 á 700 varas, al Sur del baluarte Santa Bárbara: esta altura forma una cresta pararela á la muralla de la plaza y elevada 15

varas sobre su nivel. La batería se compone de cuatro bomberos de á 68 y cuatro de á 36, sacados del vapor Missisipí. Seis piezas están asestadas contra el baluarte Santa Gertrudis. El fuego ha comenzado á desmantelar á Santa Bárbara, y ha abierto brecha en la muralla unida á la semigola derecha del mismo baluarte; las granadas y balas en sus rebotes perforan los edificios, arruinando la manzana; pero los ingenieros acuden á cubrir la brecha con *barengas* de zapote y sacos á tierra, y la artillería se retira á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenaza desplomarse.

Este punto está á las órdenes del primer teniente de marina D. Sebastian Holzinger, quien logra muchas veces apagar los fuegos del enemigo. Caia entónces una lluvia de granadas y de balas, que esparcian la muerte y la desesperacion. En medio de esta lluvia los proyectiles del enemigo habian arrancado varias veces nuestra bandera nacional. Holzinger la clava en el asta, ayudado por un jóven de diez y seis años, subteniente de la Guardia de Orizava, depreciando los dos una muerte casi cierta. En estos momentos en que daban un bello y tierno ejemplo de valor y de entusiasmo, una bala arranca el merlon, y Holzinger y el jóven Guardia ruedan entre una nube de polvo, de humo y de balas.

Los fuegos de Santa Bárbara han hecho desplomar un lienzo de la batería enemiga, y algunos de los suyos pagaron con su sangre un tributo á la justicia de nuestra causa. Por nuestra parte tambien las pérdidas aumentan: el primer ayudante D. Félix Valdes, mayor de órdenes de la primera línea, al tomar la órden, ha sido muerto por un casco de bomba, y algunos soldados del escuadron de Veracruz han sufrido la misma suerte.—El enemigo y la plaza se dirigen cohetes á la Congréve.

A las once de la mañana de este dia tres columnas enemigas con sus banderas se mueven con direccion al *Matadero.* Han suspendido el fuego: la plaza toca alarma: ha llegado la hora del asalto: nuevos guerreros se presentan buscando la muerte ó el triunfo: el entusiasmo crece: la línea se cubre de defensores: el trémulo anciano quiere tambien su parte en el peligro y en la gloria de los valientes; la juventud se enardece, y gozosa y alegre se dispone á morir. ¡Bellos momentos del mas puro entusiasmo! . . . . . Pero el destino ha sido cruel para